

Mons Fulton Sheen

La Fe

1 . La fe no consiste en creer que algo va a ocurrir, ni tampoco en la aceptación de lo que se opone a la razón, ni tampoco es un reconocimiento intelectual dado por el hombre a lo que no entiende o que su razón no puede demostrar, por ejemplo, la relatividad. La fe es la aceptación de una verdad, ante la autoridad de la revelación Divina.

La fe es, por lo tanto, una virtud sobrenatural, inspirada y asistida por la gracia de Dios; creemos verdaderas las cosas que Él nos reveló, no porque la verdad de esas cosas sea claramente evidente para la razón en sí, sino porque las apoya la autoridad de Dios, que no puede ni engañar ni ser engañada.

Antes de la fe, uno efectúa una investigación por la razón. Así como ningún negociante nos daría crédito sin algún motivo que lo indujera a hacerlo, tampoco se espera que pongamos nuestra fe en alguien sin motivo. Antes de poseer la fe, hay que estudiar los motivos por los cuales creeremos; por ejemplo, ¿por qué pondremos nuestra fe en Cristo?

Nuestra razón investiga los milagros que Él realizó, las profecías que lo preanunciaron y la concordancia de su enseñanza con nuestra razón. Estos constituyen los preámbulos de la fe, gracias a los cuales nos formamos un juicio de credibilidad: 'Esta verdad, que Cristo es el Hijo de Dios, es digna de ser creída.' Pasando luego a lo práctico, agregamos: 'Debo creerla.'

De allí en adelante damos nuestro consentimiento y nuestro asentimiento: 'Creo que es el Hijo de Dios, y por lo tanto, cualquier cosa que nos haya revelado la aceptaré como la Verdad de Dios.' El motivo de nuestro asentimiento dentro de la fe es siempre la autoridad de Dios, que nos dice que esa cosa es cierta. No creeríamos, a menos que comprendiéramos que debemos creer.

Creemos en las verdades de la razón porque presentan una evidencia intrínseca; creemos en las verdades de Dios porque presentan una verdad extrínseca. Uno cree que el sol dista tantos kilómetros o miles de kilómetros de la tierra, aunque no hayamos medido nunca la distancia; creemos que Moscú es la capital de Rusia, aunque nunca la hayamos visto. Del mismo modo aceptamos las Verdades del Cristianismo por la autoridad de la Revelación de Dios, por intermedio de su Hijo Jesucristo, Nuestro Señor.

La fe, por lo tanto, no es nunca ciega. Como nuestra razón depende de la Razón increada o Divina Verdad, se deduce que nuestra razón debe inclinarse ante lo que Dios nos revela. Ahora creemos, no a causa de los argumentos, que sólo fueron un preliminar necesario. Creemos porque Dios lo dijo. La

antorcha brilla con su brillo propio.

La naturaleza del acto de fe fue revelada por la actitud de Nuestro Señor ante los fariseos incrédulos. Habían visto milagros realizados y profecías cumplidas. No les faltaban motivos para creer. Pero seguían decididos a no creer. Nuestro Señor llevó a un niño ante su presencia, y les dijo: 'En verdad, os digo, quien no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él' (Marcos 10, 15 5).

Con esto quiso decir que el acto de fe tiene más en común con la fe ciega de un niño en su madre, que con el asentimiento del crítico. El niño cree lo que su madre le dice, porque lo dijo ella, nada más. Su fe es un homenaje, sencillo y confiado, que le rinde a ella.

Cuando el cristiano tiene fe, la tiene no porque en el fondo de su conciencia recuerde los milagros de Cristo, sino a causa de la autoridad que para él representa Aquel que no puede ni engañar ni ser engañado. 'Si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios porque testimonio de Dios es éste: que Él mismo testificó acerca de Su Hijo. Quien cree en el Hijo de Dios, tiene en sí el testimonio de Dios; quien no cree a Dios, le declara mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado de Su Hijo' (I Juan, 5, 9-10).

2 . No podemos llegar a la fe por la discusión, o el estudio, o la razón, o el hipnotismo. La fe es un don de Dios. Cuando alguien nos instruye en la doctrina cristiana, no nos da la fe. Es solamente un agricultor espiritual, que ara el terreno de nuestra alma, arranca algunas hierbas malas y rompe los terrones del egoísmo. Dios arrojará la semilla. 'Porque habéis sido salvados gratuitamente por medio de la fe; y esto no viene de vosotros: es el don de Dios' (Efesios 2, 8).

Si la fe fuera el deseo de creer, podríamos llegar a la fe por un acto de voluntad. Pero lo único que podemos hacer es disponernos a la recepción de la fe de manos de Dios. Así como un palo seco está mejor dispuesto para el fuego que un palo mojado, así el hombre humilde está más dispuesto a la fe que el que cree saberlo todo. En cualquier caso, así como en el fuego que arderá la leña debe provenir de afuera, así la fe debe provenir de afuera, es decir, de Dios.

Cuando tratamos de aclararnos todo mediante la razón, de algún modo sólo conseguimos confundirnos aún más. Una vez que uno introduce un solo misterio, todo lo demás se vuelve claro a la luz de ese misterio. El sol es el 'misterio' en el universo; es tan brillante que no podemos mirarlo; no podemos 'verlo'. Pero a la luz del sol, todo se vuelve claro. Como dijo una vez Chesterton: 'Es cierto que podemos ver la luna y las cosas a la luz de la luna, pero la luna es la madre de los lunáticos.'

(Conozca su Religión, EMECE Editores, Buenos Aires 1957, Pag. 174 y ss.)